

tivos. Nada me despertaba interés, y esto hasta tal extremo, que aun, con pesar mío, la presencia de Alejandra me aburría. De repente me asaltaban delirios de dolor y conflictos de lágrimas que á las veces rompían la monotonía de aquel estado intolerable.

En aquel singular momento, una circunstancia imprevista desencadenó en mi alma una borrasca é hizo reventar en una verdadera tempestad aquella vaga inquietud. El corazón se me volcó.

## XXIII

Un día entré en la biblioteca (nunca olvidaré ni la más mínima circunstancia de este lance), y cogí una novela de Walter Scott: *Los Votos de San Román*, única obra de aquel autor que aún me era desconocida. Recuerdo que mi corazón estaba opreso y que me angustiaba un presentimiento.

La estancia estaba alumbrada por los oblicuos rayos del sol poniente, cuyas lumi-

nosas ondas pasaban al través de los ventanales y se extendían por el terso embaldosado. El silencio era sepulcral; en las piezas colindantes no había un alma. Pedro Alexandrowitch estaba ausente y Alejandra Michailowna yacía enferma. Incapaz de resistir por más tiempo á mi conmoción interna, me eché á llorar, y, llorando, abrí la segunda del libro y lo hojeé distraidamente; pero en vano intenté dar sentido á las frases. Parecíame que buscaba una predicción del destino, como suelen hacerlo abriendo un libro al acaso. Momentos hay en que todas las facultades intelectuales y morales se entesan morbosamente como si una luz vivísima iluminase repentinamente la conciencia, como si una visión profética se impusiese al alma turbada, que gime y languidece en la expectación de algo misterioso... Animada de férvida esperanza, aspira entonces á la vida.

Esta era la singular disposición en que yo me hallaba.

Expresamente cerraba el libro para abrirlo de nuevo á la ventura y buscar en él mi

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

horóscopo, y leía la página por la cual se abría; pero hé aquí que mientras estaba hojeando, dí con un papel cubierto de escritura, doblado en cuarto, y comprimido como si lo hubiesen dejado en olvido allí desde muchos años. Examiné con curiosidad mi hallazgo, y ví que era una carta sin dirección y firmada con las iniciales S. O. Las páginas, casi pegadas unas á otras, habían dejado en las amarillentas hojas del libro su huella en blanco y tenían gastado el borde. Echábase de ver que aquella carta había sido leída con frecuencia y cuidadosamente guardada; la tinta había tomado un color azulado y parecía datar de larga fecha. Al leer ciertas palabras que me despertaron el interés, el corazón me latió violentamente.

Toda perpleja volvía y revolví aquel papel entre mis dedos como si titubease en leerlo, y así me llegué á la ventana, donde pude ver que las palabras estaban medio borradas por lágrimas... ¿de quién? Llena de ansiedad lei la mitad de la página primera, que me arrancó una exclamación de

asombro. Volví á cerrar el armario luego de haber puesto en su lugar el libro, y escondiendo la carta en mi pañoleta, volé á mi cuarto y empecé otra vez á leerla, pero palpitándome tan atropelladamente el corazón que los caracteres saltaban y desaparecían á mi vista. Pasé largo rato sin comprender palabra; pero por fin descubrí el principio del misterio, al saber á quién iba la carta dirigida. Era un crimen leer aquellas líneas, ya lo sé, como entonces lo sabía también, pero la tentación se sobrepuso á la voluntad. La carta aquella estaba destinada á Alejandra Michailowna. Eran algunas frases de despedida, pero de despedida eterna. Terminada la lectura sentí dolor, como si yo misma acabase de perderlo todo, como si para siempre jamás me hubiesen arrebatado mis ilusiones y mis esperanzas, como si únicamente me hubiese quedado la vida, ya inútil. ¿Quién era el autor de aquella carta? ¿Cuál había sido la existencia de la mujer á quien iba dirigida? Aquellas líneas explicaban hechos y hacían alusiones que no daban lugar á dudas, pero asimismo

encerraban problemas complicadísimos. Con todo, poco á poco fuí comprendiendo. Además el estilo sugería muchas ideas y revelaba el carácter de aquellas relaciones cuya ruptura quebrantara dos corazones. Finalmente, léanse con toda claridad entre líneas los pensamientos y los afectos del autor.

A continuación transcribo al pie de la letra la mencionada carta:

«No me olvidarás, me dijiste, y te creo. Desde aquel día mi vida entera descansa en estas palabras. Es menester separarnos; ha llegado la hora. Yo ya lo sabía hace tiempo, cariñosa y triste beldad mía, pero hasta hoy no lo he comprendido. Mientras duró *nuestro* tiempo, el tiempo en que tú me amabas, el corazón se me oprimía y manaba sangre al pensar en nuestro amor. Tal vez no me creas, pero ahora no padezco tanto. Todo habla de concluir de esta suerte: era nuestro destino. No éramos *iguales*, Alejandra, y eso lo he echado de ver siempre, *siempre*. No era digno de tí. Sólo á mí me correspondía soportar el castigo de mi

dicha. Dime: ¿qué era yo para tí hasta el día que me comprendiste? Han pasado desde entonces dos años y aún no me explico por qué me has amado, porque *tú* me has amado á *mí*. ¿Cómo llegamos á tal locura? ¿Recuerdas lo que era yo en comparación de tí? ¿Podía igualarme contigo? ¿Podía ni siquiera compararme á tí? ¿Qué me hizo pues notar de tí cuando nada me distinguía de los demás? Antes de que tu mirada y tu sonrisa hubiesen iluminado mi existencia, era yo sencillo y vulgar, y tenía el aspecto triste y melancólico; ni deseaba otra vida que la mía, con ser tan miserable; no pensaba ni quería pensar en ella. Oprimido por todo, me sometía; miraba mi labor cotidiana como lo más importante del mundo. No cabía en mí otro cuidado que el mañana, y aun este cuidado no era parte á desviarme de mi indiferencia. Antes, mucho atrás, aspiraba yo á la felicidad y pensaba en ella como un hobo; pero desde entonces han transcurrido largos días, y me encerré en la vida solitaria, grave, sin sentir ni siquiera el frío que helaba mi embotado corazón.

»Yo sabía, y á ello me había resignado, que nunca lucirían para mí días mejores; y con estar anticipadamente convencido de esto, no me quejaba, *porque no podía pasar de otra manera*. Cuando tú me apareciste, no sospeché que me atrevería á levantar hasta tí los ojos. Comparado contigo no era yo más que un esclavo, y no obstante el corazón no se me alborotaba, ni languidecía, ni te presentía; aun estaba dormido. Por más que mi alma hallaba la serenidad junto á su radiante hermana, no adivinaba la tuya.

»Cuando lo supe todo—¿te acuerdas?—después de aquella velada, tras aquellas palabras que me trastornaron, estuve perdido, anonadado, todo se confundió en mí, y por más que parezca increíble, en vez de sentirme enajenado, no comprendí, tan poca confianza tenía en mí mismo. Esto me lo he tenido callado hasta ahora.

»De haber yo podido, de haber osado, te lo habría dicho hace largo tiempo, y si hoy te lo digo todo es para que no te ruborices de mí recuerdo, para que sepas de qué hombre te separas.—¿Sabes cómo te ví al

principio? La pasión me había invadido como una llama, filtrado en mi sangre como un veneno, enmarañado todos mis sentimientos y todas mis ideas; embriagado, respondí á tu amor de *compasión* no como de igual á igual, no como si hubiese sido digno de tu amor, sino por un desenfrenado é inconsciente deseo. Y es que no te había comprendido. Te respondía como á una mujer *caída hasta mí*, no como á la mujer que quería elevarme hasta ella. ¿Sabes que sospechaba de tí? ¿Comprendes lo que significa ese *caída hasta mí*? No, y no te haré la ofensa de explicártelo. Sólo te diré que me juzgaste malamente. Nunca, nunca hubiera podido elevarme hasta tí. Me era dado contemplarte de lejos, con admiración infinita, una vez conocida la nobleza de tu afecto, pero este sacrificio no habría compensado todavía los agravios que te he inferido. Mi pasión elevada por tí no era un verdadero amor, amor por mí temido, pues no me hubiera atrevido á amarte. En el amor hay mutualidad, igualdad, y yo no era digno... y no discernía lo que sentía. ¡Oh!

¿cómo he de expresarme para que me comprendas?... Recuerda que calmada mi agitación primera, puesta en claro mi situación, cuando en mí no quedó más que un afecto puro, mi asombro, mi confusión y mi temor no tuvieron límites. Recuerda también que me derribé á tus pies llorando y que me preguntaste horrorizada el porqué de mi desesperación... y que yo, incapaz de responderte, guardé silencio. ¡Ay! mi alma se desgarraba, mi dicha me agobiaba como carga inaguantable, y entre sollozos decía-me á mí mismo: ¿Cómo he merecido este gozo? ¡Oh hermana mía! ¡Cuántas veces, sin que tú ni una sola vez lo advirtieras, besé furtivamente tu vestido! Furtivamente, sí, porque estaba yo convencido de mi indignidad. Faltábame la respiración, el corazón me latía con fuerza y lentitud cual si quisiese pararse, morir en mi ardiente pecho. Cuando te cogía la mano, me echaba á temblar y palidecía. La pureza de tu alma me turbaba. No puedo contarte, como quisiera con vehemencia hacerlo, todo lo que pasó por mí. Tu ternura y tu compasión me

fueron, á las veces, dolorosas. Cuando me diste el único beso que de tí he recibido y del que me acordaré eternamente, me pasó una nube por los ojos y sentí derretirseme el alma. ¿Porqué no morí á tus pies en aquel instante? Te hablo de *tú* por la vez primera, con habérmelo tú permitido hace largo tiempo. ¿Me comprendes? Quiero decírtelo todo. Dígote pues que me has amado mucho, como una hermana ama á su hermano, que me has amado como tu creación propia, pues resucitaste mi corazón, despertaste mi espíritu y difundiste por todo mi sér un bálsamo de esperanza. Pero entonces no me era permitido hablarte así, no me atrevía. No te dí el nombre de hermana, porque hasta ahora no he sido tu hermano; no éramos iguales; te habías engañado al juzgarme.

» Ya ves, ni aun en la hora presente, con ser terrible, me ocupo más que en mí mismo, no obstante pensar tú en mí y desasosegarte por mí. ¡Oh! mi querida amiga, no te acongojes. ¡Si supieses cuán humillado me siento á mis propios ojos!

» ¡Qué polvareda ha levantado este descubrimiento!—Por mi culpa te repelerán, te despreciarán, te escarnecerán, pues á los ojos del mundo nada soy. ¡Oh! haber sido indigno de tí es mi culpa mayor. Si á lo menos hubiese yo hecho ostentación de algún valor, si me hubiese hecho estimar, te habrían perdonado. Pero soy vil, inepto, ridículo, ¡ridículo! que es el colmo. ¿Y porqué tanto escándalo? Chillaron, y perdí el ánimo. ¡Siempre he sido débil! Ahora me burlo de mí mismo, y creo que dicen la verdad al tratarme de ridículo, y me aborrezco. Sí, aborrezco mi rostro, aborrezco todo mi sér, mis costumbres, mi talante vulgar, y siempre los he aborrecido... ¡Ah! perdóname mi burda desesperación; pero tú misma me has enseñado á decírtelo todo. ¡Te he perdido! He atraído sobre tu cabeza la animosidad y la risa de todos, pues yo era indigno de tí. Y este pensamiento me martiriza, y me traspasa, me desgarrá el corazón. Sospecho que no amaste al hombre que realmente había en mí, que te equivocaste. Esto, esto es lo que me anonada, esto lo que me per-

seguirá hasta la muerte ó hasta la locura.

» Adiós pues, ¡adiós! Ahora que todo está descubierto, que la sociedad ha reventado en clamores y se ha entregado á la murmuración,—me consta;—ahora que me he envejecido á mis propios ojos, que estoy avergonzado de mí, y aun por tí á causa de la elección que hiciste; ahora que me he maldecido, no me toca sino huir, bajo el peso del anatema, para tu reposo, para tu tranquilidad... Así lo exigen y nunca jamás volverás á verme. Es preciso. Fui demasiado venturoso; mi destino se había desviado, y enmienda ahora su error quitándome lo que me diera. Nos acercamos tú y yo uno á otro después de habernos comprendido, y volvemos á separarnos... ¿Tornaremos á reunirnos? En caso afirmativo ¿dónde y cuando?—¡Oh! dímelo, vida mía, ¿dónde volveremos á encontrarnos? ¿dónde te veré de nuevo? ¿Me conocerás? Tengo el alma henchida de tí. ¡Ay! ¿porqué ha descargado sobre nosotros esta desventura? ¿Porqué nos separamos? Explicámelo, pues no lo com-

prendo, no lo comprenderé jamás por jamás, no puedo comprenderlo. ¿Crees tú que de una vida sea posible hacer dos existencias, que se pueda arrancar del pecho el corazón sin morir?... ¡Oh! ¡cuando imagino que no volveré á verte nunca jamás!...

»¡Qué clamores los de la gente, ¡válgame Dios! ¡Cuánto temo por tí!... He encontrado á tu marido. Tú y yo somos indignos de él, por más que no seamos culpados. Todo lo sabe hace tiempo; pero se ha puesto heroicamente á tu lado, y te salvará, será tu escudo contra los juicios y los clamores de la muchedumbre. Él te ama, te estima, es tu salvador, y yo, yo huyo...

»Me he abalanzado á él para besarle la mano, y me ha dicho que sin demora me pudiese en camino, y así voy á hacerlo. Dicen que por tu causa se ha indispuerto con todo el mundo.

»Todos lo condenan; échale en cara su debilidad y su tolerancia. ¡Mira tú qué dicen! Y es que los que así hablan ignoran, no pueden saber, son *incapaces de comprender*. Perdónalos, desdichada amiga mía,

perdónalos como yo los perdono con haberme arrebatado algo más que á tí.

»No sé lo que te escribo. ¿De qué te hablé ayer, cuando nuestra postrera despedida? Ya todo lo he olvidado. Estaba fuera de mí al verte llorar... Perdóname aquellas lágrimas, perdónamelas. ¡Soy tan débil, tan cobarde!

»Querría decirte algo más, humedecer una vez más tus manos con mis lágrimas, como con ellas humedezco esta carta, y una vez más arrodillarme á tus pies... ¡Si ellos supiesen cuán puro era tu afecto! pero no, están ciegos; orgullosos y altivos, no verían ni comprenderían, no te tendrían por inocente, por más que todo cuanto en la tierra vive jurase que no eres culpada. Además, ¿les corresponde á ellos comprender? ni ¿quién se atreverá á arrojarte la piedra? ¿Cuál será la primera mano que contra tí se levante? ¡Oh! no se verán apurados para cojer millares de piedras, y se atreverán á tirarlas, pues saben como hay que hacerlo. Te ejecutarán todos á una, asegurando al mismo tiempo que están sin pecado, y piadosamente to-

marán sobre sí el nuestro. ¡Ah! ¡si supiesen lo que hacen!

»¡Si tú y yo pudiésemos decirselo todo, sin callarnos nada, para que vieses y oyesen, y comprendiesen y se convenciesen de nuestra sinceridad! Pero no, no son tan malos... En mi desesperación quizá los calumnio, y al calumniarlos te desfavorezco con mis temores. Nada temas, alma mía. Te comprenderán, te han comprendido ya... tu marido.. espera.

»Adiós, adiós. *No te doy las gracias.*  
¡Adiós para siempre!

«S. O.»

Me dejó tan aturdida la lectura de la precedente carta, que no sabía lo que me pasaba. El terror me tenía como parálitica. La realidad acababa de sorprenderme inopinadamente en medio de la soñadora existencia que llevaba yo hacía tres años. Aquel misterio, que ya no lo era para mí, me encadenaba para toda la vida. ¿Cómo? Todavía no acertaba á explicármelo; pero cono-

cía que en aquel momento empezaba para mí una nueva existencia. Desde aquel día entré en un mundo que cuantos me rodeaban me habían ocultado cuidadosamente. ¡Qué turbación iba á introducir en la vida de nuestros bienhechores, yo, extraña, á quien nadie preguntaba nada! ¿Adónde me llevaría el acaso que me hizo sabedora de aquel secreto? ¡Qué sabía yo! Quizá mi nuevo papel iba á hacerse insoportable á ellos y á mí. Me era imposible callarme y encerrar para siempre en mi corazón lo que acababa de descubrir. Pero ¿cómo lo diría? ¿qué sería de mí después de haberlo dicho? ¿Qué había sabido en definitiva? En mi cerebro surgían mil preguntas, aun incoherentes, que me acongojaban. No había remedio para mí. Además me asediaban otras impresiones hasta aquel momento por mí desconocidas. Parecíame que me trasformaba, que mis angustias de otro tiempo habían cedido el paso á un no sé qué del cual no podía alegrarme ni entristecerme. Mi situación presente tenía muchos puntos de semejanza con la de una persona que para

siempre jamás sale de una casa donde ha pasado una existencia tranquila y sosegada: antes de salir, en el instante de alejarse, da un prolongado adiós á su pasado y siente amarga tristeza en presencia de un porvenir desconocido, árido y tal vez peligroso.

Finalmente los sollozos sacudieron todo mi sér y caí en un espasmo nervioso. Necesitaba ver, oír á alguien, abrazarlo estrechamente; no podía ni quería permanecer sola por más tiempo. Así pues volé al encuentro de Alejandra Michailowna y pasé con ella toda la velada. Como estábamos solas, le rogué que no tocase el piano y no accedí á cantar pese á las reiteradas instancias de aquélla; y es que de repente todo se me había hecho penoso, y en nada podía fijar la atención. Si mal no me acuerdo, Alejandra y yo confundimos aquella noche nuestras lágrimas; lo que no se me ha olvidado es que la asusté. Michailowna se esforzó en tranquilizarme, y, observándome con temor, decía y afirmaba que yo estaba enferma y que no cuidaba como debía de mi salud.

Por fin y fatigada y afligida nos separamos, y me acosté pábulo de la fiebre.

Pasaron algunos días sin haber mi espíritu recobrado la calma, sin que la luz de mi entendimiento aclarase mi situación. En aquel entonces, Alejandra Michailowna y yo vivíamos en la más completa soledad. Pedro Alexandrowitch había salido de San Petersburgo para trasladarse por tres semanas á Moscou, adonde lo llamaban sus asuntos, y con ser corta esta separación, causó profunda tristeza á Michailowna. La cual, cuando sentía algún alivio en su pesadumbre, se encerraba á solas, indudablemente para evitar mi presencia. También yo buscaba la soledad. Mi cerebro estaba en actividad continua, en una tensión malsana, mientras mi cuerpo yacía en la inercia, pábulo de un como sopor. En prolongadas é inquietas meditaciones pasaba á las veces horas y más horas, dándome á entender que alguien me observaba irónicamente, que algo en mí espiaba mis pensamientos todos y me acusaba. Me era imposible arrojar de mí las obsesiones que

sin descanso me martirizaban, y formábase una idea horrible de la interminable vida de congojas que Alejandra Michailowna con tanta resignación aceptado había, y que ella tan poco mereciera. Parecíame que el hombre al cual ella uniera su existencia, la despreciaba y la hacía objeto de burla; que el criminal perdonaba al justo, y el corazón me sangraba. Hubiera querido librarme de mis sospechas. Anatematizaba la lucha solapada y me sublevaba contra mí misma al experimentar tal sentimiento contra un hombre al cual no me correspondía juzgar apoyada en una pequeña prueba.

Al analizar aquellas frases, aquellos clamores de despedida eterna, me figuraba ver á aquel hombre, á *aquel sér inferior*, y procuraba calar el inquietador sentido de estas palabras: «No soy tu igual,» y sobre todo esotras: «Soy ridículo y me avergüenzo de tu elección.» ¿Qué significaba esto? ¿A quién aludía? ¿De qué se afigía S. O. al expresarse así? ¿Qué perdían ella y él?—Y haciendo un poderoso esfuerzo, leí nuevamente aquella carta que me turbaba el

alma, pero cuyo sentido íntimo era tan extraño y tan enigmático para mí. La carta me cayó de las manos dejándome en un estado de conmoción calenturienta...

... Era obvio que las cosas habían de tener un desenlace, pero toda salida me parecía temible.

Cierto día en que me hallaba casi enferma, oí entrar el coche de Pedro Alexandrowitch, que regresaba de Moscou. Alejandra Michailowna salió solícitamente y dando voces de alegría al encuentro de su marido. En cuanto á mí, me quedé clavada en el sitio, desagradablemente sorprendida de mi súbita agitación. Luego y como obedeciendo á fuerza superior fui á esconderme en mi cuarto, sin explicarme aquel miedo repentino, pero real. Un cuarto de hora después me llamaron para entregarme una carta del príncipe.

En el salón encontré á un desconocido llegado de Moscou en compañía de Pedro Alexandrowitch, y á pocas palabras supe que el recién venido tenía la intención de pasar una temporada en la casa. Era aquel

sujeto un hombre de confianza enviado por el príncipe á San Petersburgo para arreglar algunos importantes asuntos de familia en los que ya se ocupara asiduamente Pedro Alexandrowitch.

El recién llegado, al entregarme la carta del príncipe, me dijo que la princesita había mostrado deseos de escribirme también, y aun afirmado hasta el postrer instante que la carta estaría lista sin falta á la hora fijada; pero que había dejado partir el coche diciendo que nada tenía que comunicarme por ser difícil expresarse suficientemente en una carta, que había hecho un borrador de cinco hojas y luego lo había rasgado, y que faltaba anudar amistades para sostener una correspondencia regularizada. También había la princesita encargado al mensajero que me anunciase su próxima visita. La esperé largo tiempo, pero no volví á verla nunca jamás.

A mis impacientes preguntas el mensajero me respondió que efectivamente toda la familia estaba próxima á llegar á San Petersburgo. Al escuchar esta nueva, el

gozo por poco me ahoga, y apresurándome á volverme á mi cuarto, me encerré en él, y, llorando, abrí la carta del príncipe. El cual me prometía una entrevista para dentro de poco y bondadosamente me felicitaba por la nueva manifestación de mi talento y se congratulaba de mis futuros triunfos, comprometiéndose, á la par, á facilitármelos. La lectura de aquella cariñosa carta exacerbó mi llanto y me abismó en la más dolorosa tristeza. Sin saber porqué, acababa de asaltarme un pensamiento funesto.

Trascurrieron cinco ó seis días. En el cuarto contiguo al mío, quiero decir en el cuarto del secretario de Pedro Alexandrowitch, trabajaba ahora por la mañana y á veces por la tarde hasta media noche, el recién llegado, que á menudo se encerraba con Pedro Alexandrowitch en su gabinete, donde los dos hablaban largo y tendido.

Cierta día, en comiendo, Alejandra Michallowna me envió á preguntar á su marido si quería tomar el té con nosotras, y como no hálle á nadie en el gabinete y su-

puse que Alexandrowitch no tardaría en llegar, me senté y lo esperé. De la pared colgaba el retrato del dueño de la casa, y, al verlo, me estremecí, y lo miré con fijeza, pábulo de una turbación incomprensible. Estaba el retrato colocado á bastante altura, casi tocando al techo. Además, estaba tan oscuro el cuarto, que para ver mejor la tela, acerqué á ella una silla sobre la cual me subí. Al contemplar el retrato me propuse hallar en él algo así como la solución de mis dudas. Los ojos de la figura fueron los que primeramente me llamaron la atención. Súbito se me ocurrió que los ojos de Pedro Alexandrowitch estaban siempre velados por unos anteojos, y tan es así, que no recuerdo habérselos visto ni una vez.

Aquella mirada á escondidas, digámoslo así, que siempre me había sido antipática é insoportable, era como una prevención que se justificaba en aquel instante.

Sobreexcitada en alto grado mi imaginación, de improviso me pareció que los ojos del retrato se desviaban de los míos para evitar que yo descubriese su engaño y su

falsía; y dándome á entender que había adivinado algo, me inundó una alegría íntima, y se me escapó del pecho una débil voz. En aquel mismo instante oí á mi espalda un ligero roce, y al volverme ví á Pedro Alexandrowitch que me miraba fijamente y sonrojándose; así á lo menos me lo pareció. En cuanto á mí, me ruboricé extraordinariamente y dí un brinco.

—¿Qué hace V. aquí? ¿Por qué está V. aquí? me preguntó con severidad Alexandrowitch.

De pronto no supe qué contestar; pero rehaciéndome un poco, le trasmití penosamente la invitación de Alejandra Michailowna. No recuerdo qué me contestó Alexandrowitch ni cómo salí del gabinete, pero sí sé que al reunirme otra vez á Michailowna, por haberseme olvidado completamente la respuesta de su marido, le dije á todo evento que éste iba á presentársele.

—¿Qué te pasa, Netotchka? me preguntó Alejandra, estás hecha un ascua. Mírate al espejo. ¿Qué te pasa?

—No sé... he andado aprisa... contesté.

—¿Pero qué te ha dicho Pedro Alexandrowitch?, prosiguió Michailowna visiblemente turbada.

Nada contesté.

En aquel instante se oyeron los pasos de Alexandrowitch y yo salí del cuarto. Aguardé durante dos horas, juguete de la más amarga angustia, hasta que por fin vinieron á comunicarme que Michailowna me llamaba á su presencia. Alejandra, que al entrar yo en su cuarto estaba silenciosa y desasosegada, me miró con vivacidad y fijeza, pero al punto bajó los ojos, como turbada. Entonces advertí que aquélla se hallaba en mala disposición de ánimo; habló poco, esquivó mis miradas, y para no responder á las apremiantes preguntas de Bugarov, se quejaba de dolor de cabeza. Pedro Alexandrowitch hablaba con animación, pero únicamente con Bugarov.

Alejandra se acercó distraídamente al piano.

—Cante V. algo, me dijo el gran músico.

—Sí, Annetta, cántanos tu nuevo aire,

agregó Alejandra, aprovechando, satisfecha, la ocasión.

Volví á ella los ojos, y ví que me miraba con expectación ansiosa; con todo no pude decidirme; así es que en vez de acercarme al piano y cantar, de cualquier modo que fuese, no me moví de mi sitio, corrida, y me negué en redondo.

—¿Por qué no quieres cantar? me preguntó Michailowna, mirándonos alternativamente á su marido y á mí.

Perdida mi paciencia por aquellas miradas, me levanté agitadísima de la mesa, y, sin disimular ahora mi emoción, repetí con voz trémula que no quería cantar, que no podía hacerlo por hallarme indispuesta. Al expresarme así miré con curiosidad y con ademán de reto á cuantos me rodeaban; pero Dios sabe cuánto hubiera dado por encontrarme sola en mi cuarto en aquel momento.

Bugarov parecía estar asombrado; Alejandra Michailowna, visiblemente contrariada, guardaba silencio. Pedro Alexandrowitch se levantó repentinamente de su silla,

y pretextando que lo llamaba cierto asunto, se retiró apresuradamente, disgustado de haber perdido el tiempo y diciendo que tal vez volvería. Sin embargo estrechó la mano á Bugarov, en señal de despedida y por si acaso.

—Pero en definitiva ¿qué le pasa á V.? me preguntó Bugarov. Verdaderamente parece estar V. enferma.

—Estoy indispuesta, gravemente indispuesta, respondí con acritud.

—Efectivamente, estás pálida, y hace poco tenías las mejillas más encendidas que las amapolas... exclamó Alejandra interrumpiéndose repentinamente.

—Vamos á ver, dije mirándola cara á cara.

La pobre mujer no pudo soportar mi mirada; bajó los ojos como una culpada y sus pálidas mejillas se sonrosaron.

Entonces cogí la mano á Michailowna y le dí un beso, de lo cual la pobre pareció alegrarse hondamente.

—Perdóneme Vd. si hoy he sido díscola, exclamé profundamente conmovida; pero

realmente estoy enferma, y con su licencia me retiro.

—¡Qué niños somos todos! profirió Alejandra sonriéndose con timidez. Sí, también yo soy una niña. Y aplicando la boca á mi oído, añadió en voz baja: Más, mucho más que tú. Ea, vete, y Dios te dé salud; pero por favor no te enojos conmigo.

—¿Y por qué he de enojarme con usted? pregunté admirada de aquella ingenua é involuntaria declaración.

—¿Por qué? repitió Alejandra turbada y temerosa. ¿Por qué? Ahí verás tú... ¿Qué he dicho?... Ea, vete; eres más discreta que yo... más inteligente... Yo soy peor que una niña...

—¡Basta! ¡basta! exclamé conmovida, ya no sé qué decir.

Dí otro beso á Michailowna y salí del salón apresuradamente.

Irritadísima y triste hasta más no poder, me acriminaba á mí misma el ser tan impaciente y el tener tan poco dominio sobre mi persona, y así concilié por fin el sueño, descontenta de mí y llena de zozobra.

Al otro día, al despertar, se me apareció como un espejismo la velada de la víspera; nos habíamos engañado una á otra, urdido una historia sobre una nonada. Todo lo cual había de atribuirse á nuestra inexperiencia en analizar nuestras impresiones internas. Yo echaba de ver que la carta de marras me preocupaba, me sobreexcitaba la imaginación, y resolví olvidarla. En presencia de una solución tan fácil, y convencida de que cumpliría la promesa que á mí misma me había hecho, salí muy bien dispuesta para mi lección. El aire de la mañana refrescaba mis ideas, y contribuía á acrecentar el gozo que me causaban aquellos paseos matinales. A eso de las nueve la ciudad empieza á cobrar vida, á tomar su cotidiano aspecto. Por costumbre cruzábamos las calles más pobladas y ruidosas. La decoración donde empezaba mi vida artística me hechizaba. Al través de los viandantes de rostros cuidadosos y severos iba yo, con un cuaderno bajo el brazo, acompañada de la vieja Natalia, que quién sabe dónde tenía el pensamiento. Por fin llegaba á casa de mi

maestro, que tanto tenía de italiano como de francés, y si alguna vez se mostraba apasionado, más á menudo descubría ser pedante y codicioso. Todo me distraía y me incitaba á la risa ó á la reflexión, y con ser de mío tímida, la vida de artista me gustaba. El contraste de la vida cotidiana, llena de pequeños cuidados, y el arte al cual yo me destinaba, me placían y aun diré que me cautivaban.

Con la apasionada esperanza de triunfar, levantaba castillos en el aire; me forjaba un porvenir brillante, y con frecuencia, al regresar de clase, ardía en el fuego de las ilusiones. En una palabra, era casi dichosa.

Aquella mañana me hallaba precisamente en tal disposición de ánimo al regresar á casa á eso de las diez. Hilvanando proyectos á cual más halagüeño, todo lo había olvidado. De improviso, al subir la escalera, me estremecí como si hubiese recibido una quemadura: acababa de oír la voz de Pedro Alexandrowitch que bajaba. Tan desagradable y profunda fué la sensación que experimenté y con tanta viveza se me re-

frescó el recuerdo de la velada precedente, que no acerté á disimular mi turbación. Saludé á Pedro Alexandrowitch con una ligera inclinación de cabeza, pero sin duda mi rostro era expresivo, pues aquél se detuvo delante de mí asombrado, y no continuó su descenso hasta haber susurrado algunas palabras ininteligibles y seguido yo adelante presurosa y sofocada.

Lo que me pasaba era para mí incomprendible. A cada instante los ojos se me arrasaban de lágrimas de indignación; y es que odiaba al marido de Alejandra Michailowna, y á la par desesperaba de mí. Esta perpétua agitación me ponía gravemente enferma, y perdido el dominio de mí misma, irritada contra todos, me encerré en mi cuarto.

Alejandra me visitó, y, al verme, en poco estuvo como no exhaló una voz de espanto. Efectivamente, mi palidez era tal, que al mirarme al espejo yo misma me espanté.

Michailowna pasó una hora prodigándome maternales cuidados, pero su solicitud me entristecía de tal suerte y me eran tan

penosas sus caricias, que le rogué que me dejase sola, y así lo hizo, aunque asombrosísima.

Por fin y después de haber derramado mis ojos un torrente de lágrimas, disipóse mi pesadumbre, y por la tarde me sentí muy mejorada, gracias á haber tomado la resolución de arrojarle á los pies de Alejandra Michailowna, devolverle la perdida carta, y confesárselo todo: mis padecimientos y mis dudas; quería abrazar con toda la efusión de mi alma á la pobre mártir, repetirle que en mí tenía una hija, una amiga, que mi corazón no guardaba secretos para ella, y que en él había de mirar y ver todo el ardiente é inquebrantable amor que para ella encerraba. Yo sabía y conocía que era el único sér en quien Alejandra podía verter su corazón, yo la única que comprendía su pena; pero el pecho se me henchía de indignación al pensar que aquélla iba quizás á ruborizarse en mi presencia... ¡Pobrecilla!... ¡pobrecilla!... ¿Acaso serías pecadora?...

Esto es lo que yo quería decir, llorando á

sus pies, á Michailowna. Una irrefragable necesidad de justicia se había enseñoreado de mí y un como delirio guiaba mis resoluciones.

Una circunstancia imprevista impidió aquella explicación. El caso fué que al encaminarme á la habitación de Alejandra, encontré á Pedro Alexandrowitch, que, sin verme, siguió adelante en dirección del cuarto de su mujer. Yo me detuve como si los pies se me hubiesen adherido al suelo, porque Pedro era el último que, en aquel instante, podía sospechar yo que se interpusiese en mi camino.

Decidí pues retirarme, pero la curiosidad me detuvo: Pedro se paró un rato ante el espejo, se compuso los cabellos y, con asombro mío, tarareó una canción que me trajo á la memoria un recuerdo vago de mi infancia, recuerdo que me es forzoso contar aquí para que el lector pueda hacerse cargo de la singular sensación que experimenté.

Durante el año primero de mi estancia en aquella casa, un acaecimiento sin impor-

tancia me había impresionado profundamente; y cabalmente el acaecimiento aquel se reproducía ahora en idénticas circunstancias.

Dije ya que el aspecto receloso y taciturno de Pedro Alexandrowitch me había causado siempre, desde un principio, malísimo efecto. Es indecible mi malestar durante las horas pasadas á la mesa de té de Alejandra Michailowna, y cuánto me apenaba ser una y otra vez testigo de los altercados entre ambos esposos. Recordaba que ya en otra ocasión había encontrado yo á Pedro en el mismo cuarto y á la misma hora que aquel día. Los dos nos encaminábamos á la habitación de Alejandra Michailowna, y yo, intimidada al verlo, me escondí en un rincón, como una culpada. Como ahora, Pedro se paró ante el espejo, y como ahora también, me estremecí á impulsos de una sensación indefinible. Parecióme que Alexandrowitch variaba de fisonomía, á lo menos lo ví sonreírse al acercarse al espejo, y yo no lo había visto ni una vez sonreírse en presencia de su mujer. Tan pronto se miró

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

al espejo, el rostro de aquel hombre se transformó: como obedeciendo á un mandato, la sonrisa cedió el paso á un aspecto de invencible tristeza, los labios mudaron de color, arrugó el ceño, y volvió á ser el hombre desagradable de siempre. Por último, tras una rápida inspección de su persona, bajó la cabeza con ademán de agobio, y enarcó las espaldas. Después de esta segunda transformación, avanzó de puntillas hacia el cuarto de su mujer.

Ahora como en aquel ya lejano día, Pedro creyó estar solo al detenerse ante el mismo espejo. Cuando lo oí tararear, lo cual era en él insólito, me quedé estupefacta y como si un dardo me hubiese traspasado el corazón, y sacudida por los nervios solté tal carcajada que el infeliz cantor exhaló una voz, se hizo vivamente atrás y, pálido, como criminal cogido en flagrante, me lanzó una mirada atónita y preñada de ira. Aquella mirada me sacó de quicio, y sin cesar de reír nerviosamente, pasé por delante de él y entré tranquilamente en la habitación de Alejandra Michailowna.

Pedro Alexandrowitch se quedó tras la antepuerta, sin saber qué hacer, si entrar ó no entrar, y efectivamente no entró, como yo presumido había.

Alejandra, al verme, me miró largamente y con profunda estupefacción y me preguntó qué me había pasado, y como yo no supiese que contestarle, comprendió que me hallaba indispuesta y me examinó con desasosiego.

Entonces cogí las manos á Michailowna y se las cubrí de besos.

En aquel instante comprendí cuánto mal habrían causado mis declaraciones felizmente represadas por mi encuentro con Alexandrowitch.

El cual entró grave y taciturno como de costumbre, y, al parecer, sin acordarse ya de lo que acababa de pasar. Con todo en su palidez y en el ligero temblor de sus labios eché de ver que le costaba disimular su turbación.

Pedro saludó á su mujer con una fría inclinación de cabeza, tomó asiento, y, temblándole la mano, cogió su taza de té.

Temerosa de un altercado, sentí deseos de irme, pero al notar la palidez y el pavor de Alejandra, no tuve alientos para efectuarlo.

Era evidente que Michailowna presentía algo anormal y terrible.

Por fin reventó la tormenta.

En medio del más profundo silencio mis ojos se encontraron casualmente con los anteojos de Pedro Alexandrowitch puestos en mí; y al bajar, estremecida, los párpados, Alexandrowitch notó mi asombro y me preguntó con desabrimiento:

—¿Qué le pasa á V.? ¿porqué se pone usted colorada?

Yo no contesté, ni ¿cómo hacerlo, si el corazón me palpitaba con tanta violencia que me anudaba la voz?

—¿Porqué se ha puesto colorada Netotchka? ¿porqué se ruboriza siempre? añadió Alexandrowitch dirigiendo la palabra á su mujer y designándome con una mirada insolente.

Indignada, miré con ademán de súplica á Michailowna.

—Anneta, me dijo con voz firme Alejandra sonrojándose á la vez, vete á tu cuarto y aguardame allí para dentro de poco. Pasaremos juntas la velada.

—¡Netotchka! exclamó Alexandrowitch como si no hubiese oído á su mujer, ¿ha comprendido V. la pregunta que le he dirigido? ¿Porqué se pone V. colorada cuando me ve? ¡Responda V.!

—Porque la hace V. ruborizar quieras que no, y á mí también, profirió Alejandra Michailowna con voz entrecortada por la emoción.

No comprendiendo la vivacidad de la respuesta, miré con asombro á Michailowna.

—¿Soy *yo* quien le hago subir los colores al rostro? ¿*Yo*? exclamó Pedro Alexandrowitch estupefacto y marcando la palabra *Yo*. ¿Soy *yo* la causa de que V. se sonroje? ¿Acaso puedo *yo* hacerla ruborizar á usted? ¿Le parece á V. si es *usted* ó soy *yo* el que ha de sonrojarse?

Esta frase era tan clara para mí, la acompañó una sonrisa tan irónica y la pronunció Alexandrowitch con tal desabrimiento, que

lancé una voz y me precipité hacia Michailowna.

El pasmo, la estupefacción, el vituperio, el terror, se pintaron alternativamente en el cadavérico rostro de la desventurada mujer, mientras yo, con las manos enclavijadas, miraba con ojos de súplica á Pedro Alexandrowitch, que comprendió haberse extralimitado, pero en quien no se había calmado todavía la rabia que le dictara aquella frase. Con todo mi súplica muda lo turbó, pues mi ademán le decía claramente que no ignoraba yo el sentido de sus palabras.

—Annetta, vuélvete á tu cuarto, profirió Alejandra en voz débil pero firme. Necesito grandemente quedarme á solas con Pedro Alexandrowitch.

Michailowna parecía estar sosegada, pero me inspiraba más temor aquella tranquilidad aparente que una agitación violenta. Así pues fingí no haber oído y no me moví.

En mi afán de leer en el rostro de la desdichada mujer lo que en ella pasaba, la observé, sacando el convencimiento de que no

había comprendido mi exclamación ni mi arranque.

—Vea V. su obra, señorita, dijo Alexandrowitch asiéndome las manos y designando á su esposa.

Nunca había sido yo testigo de una desesperación como la que se revelaba en aquel rostro abatido.

Pedro me condujo por la mano fuera de la estancia, y al volverme para dirigir una postrera mirada á Michailowna, la ví arriada á la chimenea y apretándose la cabeza con las manos. La torsión de su cuerpo revelaba un padecimiento espantoso.

—¡Por Dios! exclamé con voz atragantada y estrechando fuertemente la mano á Pedro Alexandrowitch. ¡Perdón!

—Nada tema V., contestó Pedro mirándome de un modo singular. Es un accidente. Váyase V., váyase.

Al llegar á mi cuarto me eché en una otomana y me tapé el rostro para no ver luz. Así pasé tres horas durante las cuales padecí todos los tormentos del infierno. Por fin y no pudiendo más, hice preguntar si me